

Jaime Castillo Velasco

FILOSOFIA DE LA HISTORIA:

HEGEL, MARX, MARITAIN, FUKUYAMA*

1. El presente breve estudio se refiere a cuatro pensadores que exponen una filosofía de la historia

Son estos: Hegel, Marx, Maritain y Fukuyama. Pertenecen a épocas diversas y concepciones diferentes. Hegel y Marx, que vivieron y actuaron en el curso del siglo XIX, son vistos como exponentes clásicos: el uno del idealismo y, el otro, del materialismo histórico. Maritain representa un punto de vista en que se enlaza el cristianismo y el humanismo. Fukuyama, en cambio, retoma, en nuestros días, algunas tesis de Hegel y con ello quiere fundamentar o justificar, si se prefiere, el curso de la historia actual. La idea de un "final de la Historia" estaba ya de alguna manera en Hegel y también en Marx. Ha de tener también algún sentido para el humanismo cristiano.

El trabajo que aquí se ofrece trata de desentrañar, muy improvisadamente quizás, algunos de los significados de la filosofía de la historia en los autores citados.

La libertad del hombre, la verdad en la historia y lo que podría entenderse como un final de la Humanidad serán los puntos que tocaremos.

2. La filosofía de la historia de Hegel

Es imposible entender la filosofía de Hegel si no se intenta aprehender lo que denomina "Idea Absoluta". Ello contiene lo que existió, existe y existirá. Es Absoluta porque incluye todo y sitúa toda forma de ser dentro de su propio proceso infinito. Es "Idea" porque puede ser definida por el pensamiento. Es pensamiento objetivado en la naturaleza, el universo, la vida. Estas clasificaciones son superadas en la noción de idea Absoluta. Es el curso infinito de las cosas materiales y la suma total de las posiciones del pensamiento. La Idea Absoluta es como nombrar o Dios, pero bajo el entendido de que no es un Dios separado y personal, sino identificado con el curso infinito del ser, de todo el ser. La Idea Absoluta es Dios; Dios es la Idea Absoluta. Se trata de una superación del ateísmo y la fe. Lo Absoluto tiene todos los atributos de Dios, de la naturaleza y del hombre.

La Idea Absoluta pasa por todo lo pasajero, inmediato, contingente, empírico, todo lo asume, todo lo integra. Solamente situándose en ese punto de vista infinito, en proceso, que se encarna en lo real inmediato para nosotros, se puede comprender la verdad de cada cosa. Esto significa que nada debiera ser entendido como error. Lo que parece error al entendimiento humano limitado es una parte de la verdad. Eso es porque errores y verdades aparentes se unen dentro del curso infinito de lo real. Lo dicho se comprende cuando se lo mira desde el punto de vista de lo que ha de venir, de lo que será una visión posterior más integral. Se puede decir, pues, que cada cosa singular existente es una encarnación del Espíritu, de una fase del Espíritu, de un momento suyo.

Esto es lo que Hegel llama idealismo. Contra lo que afirman los críticos tradicionales del idealismo, allí no se dice que la naturaleza, por ejemplo, no existe, o que al menos tendría una forma de ser ideal o lógica. Eso es no entender a Hegel. Lo que dice es que la naturaleza es objeto del pensamiento humano y, por lo tanto, según su famoso dicho, todo lo racional es real y todo lo real es racional. Esta afirmación, a su vez, descansa en una teoría del conocimiento humano según la cual el objeto exterior a la mente es conocido por esta en cuanto es inteligible

para nosotros. No puedo aquí entrar en este tema, pero lo que Hegel dice es que no podemos hablar de la naturaleza si la separamos del hecho de que es objeto del pensamiento. Eso es lo que él expresa con la afirmación, entre poética y filosófica, de que lo verdaderamente real es siempre el Espíritu, entendido como un Absoluto que comprende todo lo que para nosotros es real o espiritual, lógico o natural.

Según esto, ¿el hombre es libre? Lo que el hombre se propone ¿es susceptible de ser alcanzado por él, es decir, llega a la verdad?

La respuesta es imposible si no ponemos una máxima capacidad para entender el nexo entre lo Absoluto y lo Relativo, tal como ya se dijo. Surgirán contradicciones aparentes o reales. Según Hegel, el hombre es libre y no lo es. Es un ser de la naturaleza y, a la vez, un ser espiritual. Como ser natural, es un cuerpo y está sometido a las leyes naturales, es decir, a la necesidad. Como ser espiritual, participa de todas las formas del Espíritu. Es libre y supera a la naturaleza, ya que el espíritu es la diferencia entre el hombre, los animales y las cosas de la naturaleza. Es conciencia personal, conocimiento de lo exterior, voluntad, acción libre. Se realiza en el arte, en la religión, en la sociedad y en el Estado. La libertad hace al hombre un ser que posee valores espirituales y se eleva en dignidad.

Pero esto no es todo. Porque, por una parte, como se ha dicho, el sistema de Hegel consiste en reconocer y aceptar las diversas fases de la situación. El hombre es natural y es espíritu. La naturaleza está definida por la necesidad. La necesidad rige al hombre como toda cosa natural. Es explicado, por tanto, de acuerdo con los conceptos de la filosofía materialista. Por ello, destaca Hegel la forma en que los factores materiales influyen sobre el hombre y su espiritualidad, pero, al mismo tiempo, insiste, sobre la imposibilidad de que una explicación naturalista pueda dar cuenta de todo lo que es el espíritu. Cuando se habla del espíritu, este pasa a ser caracterizado por la libertad, es decir, es lo infinito y superior. La naturaleza, en cambio, es solo una fase del Espíritu. A su vez, el mismo Espíritu aparece tanto en el individuo humano como en lo absoluto. El individuo humano es espiritual y, por tanto, libre, y por eso es factor causal de su propia historia. Sin embargo, el individuo humano es expresión del proceso total del Espíritu y, por tanto, no es factor causal sino en cuanto sirve, se puede decir, de instrumento al Espíritu total. Es lo que se llama "la astucia de la historia", según la cual la apariencia de la acción individual es, en verdad, algo que transcurre en una suerte de Espíritu del mundo, un Espíritu Absoluto, que trasciende a toda conciencia humana. Así aun la maldad subjetiva puede servir al bien y utilidad de todos los hombres.

Más ¿cómo queda con esto el problema de la verdad humana por alcanzar? Otra vez, tenemos aquí la apariencia de la contradicción. Por una parte, el Espíritu Absoluto se realiza a sí mismo y eso significa alcanzar progresivamente la verificación de los más altos ideales. El ser humano trabaja para eso y, en alguna manera, realiza sus propósitos. Mas, por otra parte, la inteligencia del hombre es como el búho de Minerva que "levanta su vuelo sólo al atardecer". Quiere decir: cuando un proceso histórico vital está agotado, entonces la inteligencia lo cubre con un manto de ficciones y lo ofrece como si fuese el futuro. Se engaña a sí misma. Cree estar proyectando el futuro, pero en verdad, está reiterando simplemente el pasado. No se realiza lo que el hombre quiere. Surge la pregunta: cuando Hegel habla de un proceso de vida que se agota y otro que nace, ¿no está involucrando a la conciencia humana como un hecho vital, activo, y no solo como el efecto imaginario de una realidad ajena? ¿No está acaso negando con ello la imagen del búho de Minerva y dando lugar a un factor espiritual que es causa de la historia y que puede lograr sus objetivos?

3. La filosofía de la historia de Marx

Tampoco se puede comprender la filosofía de Marx si no se entiende la premisa que está en la base de su sistema, también esencialmente histórico. La imagen del búho de Minerva se halla en la raíz del materialismo histórico. Lo que dice Marx es que el pensamiento viene después del hecho. Pensamos según lo que vivimos y esto de modo absoluto. En efecto, la Humanidad, dice Marx, piensa de dos maneras diferentes según el sistema social-económico en que se encuentra. Bajo la vigencia de la propiedad privada, es decir, de la sociedad capitalista, el hombre está deshumanizado. Ha extrañado su esencia. No alcanza la verdad ni de las cosas ni de sí mismo. Los valores espirituales que levanta son ficciones. El sector social que disfruta de la riqueza y el poder urde "mentiras elevadas", destinadas a justificar su primacía. El sector explotado, por su parte, produce otras mentiras ideológicas que lo llevan a resignarse a su suerte. La ideología es el opio del pueblo. Solamente, cuando la sociedad capitalista haya sido sustituida por la sociedad comunista, el hombre, ahora de vuelta a su esencia, viendo la verdad de sí mismo, sin ninguna alienación perturbadora, podrá pensar y sentir con verdad. Los valores ahora serán reales y logrará sus objetivos propiamente humanos.

Se observa que es un pensamiento hegeliano, pero Marx pone un hito histórico que Hegel jamás pensó. Por lo mismo, es falso decir que Marx niega los valores espirituales. Los niega como posibles bajo la sociedad capitalista, pero dice que serán los que dominen la vida de la sociedad comunista. Sólo entonces el pensamiento habrá dominado al hecho histórico.

Más, ahora la pregunta es: ¿cómo una forma de existencia humana totalmente presidida por el determinismo histórico socioeconómico, donde es imposible a la superestructura cultural alcanzar la verdad o realizar sus propósitos -ya que todo es ficción- puede ser sustituida por otra de carácter liberador?

Hoy dos formas de explicarlo. Una consiste en decir que el cambio se producirá por el paso simplemente material del hecho revolucionario en que la mayoría de los explotados aplastará a los exploradores, sin que intervenga un propósito de reivindicación ética ni un proyecto basado en valores espirituales ni, por tanto, por la vigencia de un ideal histórico humano. Solamente se estará dando el cumplimiento de leyes que rigen el desarrollo de la sociedad clasista; cabe recordar aquí lo que Hegel llamaba "la astucia de la Historia".

La segunda, a su vez, radica en suponer que, no obstante la alienación ideológica en que vive la Humanidad, bajo el sistema capitalista de la propiedad privada, subsiste una capacidad del hombre para reaccionar, con su mente y su voluntad, contra la injusticia vivida y trazarse una ruta de liberación, en la forma del ideal político comunista.

Ahora bien, si la primera tesis es verdad, no parece posible explicar la forma como la Humanidad pasa de una situación en que la espiritualidad es absolutamente pasiva a otra en que es absolutamente activa. En boca de los escritores marxistas, este hecho aparece simplemente afirmado, no pensado. No es objeto de una reflexión acerca de la naturaleza humana, en cuanto ser espiritual y material, en virtud de la cual sea factible fundamentar el paso de la alienación a la desalienación. Es posible que esto último no pudiera realizarse sin que hubiese necesidad de aceptar la validez del pensamiento y la acción humana incluso dentro del período de la alienación, como el propio Marx lo hacía cuando desarrollaba un pensamiento durante el período en que regía la sociedad capitalista.

Si, en cambio, es verdad la segunda tesis, la explicación materialista de la historia habría omitido tradicionalmente una parte importantísima de la verdad. Ello explicaría, además, la existencia de textos marxistas que dicen una y otra cosa, y que son muy difíciles de conciliar entre sí.

4. La filosofía de la historia de Maritain

El tema de la historia suministra una de las más claras originalidades de Maritain dentro de la filosofía cristiana. Los ensayos para interpretar la historia que provienen de ese pensamiento, como los de San Agustín y Bossuet, representan un intento de establecer, desde el punto de visto histórico, la relación entre Dios y el hombre. Pero, Maritain hace una filosofía de la historia cristiana desde el ángulo propiamente humano. Allí aporta al menos las siguientes tres tesis que parecen muy importantes.

Primeramente, el hombre es libre. Posee la capacidad de superar el determinismo natural, aunque ello ocurra solo como una chispa en un mar de condicionantes, muchas veces agobiadores. Esto da lugar a la legitimidad de un objetivo humano. Maritain lo denomina "ideal histórico concreto". Quiere decir que el ser humano se traza propósitos ideales, para realizar en el tiempo, y que puede conseguirlos.

Es un ideal histórico, es decir, sujeto o condiciones existentes que influyen sobre su forma y su alcance. Es, por lo mismo, concreto. Se refiere a una situación dada, aun cuando se apoye en una inspiración muy amplia. No queda en duda la libertad del hombre, ni se la promete solo para después de haber realizado la tarea de conseguirla, como en el marxismo. Empieza ahora y aquí.

En segundo término, la realización del ideal histórico ha de ser concebida como analógica. Quiere decir que, como hay siempre circunstancias ya dadas, la forma en que se cumple el ideal puede tener diferentes modalidades. El mundo cristiano, por ejemplo, no será uno solo en cuanto a sus condiciones externas, sus contornos. El Cristianismo de la Edad Media no puede ser resucitado. Los valores cristianos esenciales no cambian, pero la forma como se realizan en este momento y aquí, pueden y aún deben cambiar. Rechazar la posibilidad de estos cambios es negar el valor esencial de que se trata.

En tercer término, el progreso humano es posible y hay que luchar por ello, mas no es rectilíneo, automático ni necesario. La marcha de los hombres en la historia es ambivalente: el mal y el bien, el error y la verdad se dan entrecruzados. La época moderna, por ejemplo, avanzó hacia una negación de los valores cristianos y desarrolló un humanismo ateo, pero, al mismo tiempo, abrió la puerta para el concepto de libertad política, con todas sus consecuencias.

Estos principios filosóficos conducen a una acción. Hoy, el siglo XX, es la ocasión, después de haberse agotado el humanismo medieval y fracasado el humanismo liberal capitalista, y cuando se anuncian nuevos humanismos que pertenecen al mundo ya vivido, se impone políticamente la necesidad de unir la filosofía del hombre a la historia y a la acción, para luchar y trabajar por una Humanidad en que se realice, de modo adecuado a los tiempos, un humanismo integral.

La persecución de tal objetivo será un ideal histórico concreto. No será una utopía absoluta ni un oportunismo inmediato. Será un ideal posible y a la vez una meta siempre por alcanzar.

5. El final de la historia

Todo lo dicho nos lleva al problema del final de la historia. Para Hegel, la tesis de la Idea Absoluta haría imposible plantear un objetivo semejante. Pero, es de Hegel de donde emana este concepto. Ello ocurre por cuanto para este filósofo enunciar la Idea Absoluta es, como se ha dicho, incluir todo el infinito proceso de la realidad. La filosofía hegeliana aparece pues como la realización total de la filosofía. Ya está dicho todo, por cuanto todo ha sido incluido.

Por lo mismo, la religión ha sido superada, ya que la Idea Absoluta da la explicación total acerca de Dios. En ese sentido, la historia ha finalizado. Pero, no significa que los acontecimientos históricos han concluido. Se ha dicho que, para Hegel, la monarquía prusiana representaba la suprema y última forma de sociedad. Él mismo dijo también que la figura de Napoleón, marchando a caballo a la cabeza de su ejército, era lo imagen de la libertad. La lectura atenta de los textos de Hegel muestra, a mi juicio, otra cosa. Su esquema sobre la sociedad refleja, sin duda, lo que entendía como el objetivo de su ideal social. Sin embargo, lo que describe no es la Monarquía prusiana de su tiempo. Quizás como funcionario prusiano, al término de su vida, pudo tener actitudes que le permitieron pensar de tal modo, pero la filosofía social de Hegel representa mucho mejor la idea de lo que nosotros podríamos llamar una sociedad comunitaria. Allí todo está definido como acuerdo o normas de derecho, basados en la persona, y las estructuras que describe se refieren a una organización en que las partes, poderes e instituciones, forman una comunidad.

Para Marx, en cambio, la idea del final de la historia está realizada por el advenimiento del comunismo, es decir, la sociedad sin clases basada en la propiedad común. Este ideal es, como dijimos, histórico, se verifica como consecuencia de un acontecimiento histórico, la revolución, y, de inmediato, el mundo de las ideas y objetivos solidarios se identifican con la forma de la sociedad. En cierto sentido, se ha llegado a la cumbre. Es el fin de la historia del conflicto entre los hombres. La armonía subsiguiente es también un estado de cosas permanente, mas no significa ello que desaparecerán las contradicciones o problemas entre los hombres. Habrá otra manera de solucionarlos. Marx, sabiamente, dijo que no podía opinar sobre lo que sería lo sociedad comunista, porque habría que estar en ella.

Jacques Maritain, por su parte, se confiesa cristiano. No puede decir que la felicidad humana se realiza totalmente en la tierra. El hombre es un peregrino. Sólo en la vida sobrenatural se alcanzará el fin de la historia. Aquí, el ideal del hombre camina siempre hacia adelante, pero según las condiciones antes descritas. Ninguna forma concreta de sociedad puede ser definida como el logro final. Ello no impide que se levanten los esquemas o, como el mismo dice, los mitos, relativamente alcanzables, que sirven a la Humanidad para hacerse más y más humana. El concepto de "comunidad de hombres libres" resume ese proyecto. Sus notas, definidas en el "Humanismo Integral", implican la libertad de los ciudadanos dentro de una comunidad organizada y basada en la amistad cívica. Su prosecución se abre justamente, en este siglo, al fracasar los humanismos históricos ya vividos, y se plantea un humanismo integral, adecuado al presente, que avanzará a través del tiempo y requerirá de los cristianos una cierta forma de heroísmo.

Fukuyama, por fin, habla del fin de la historia y de lo que denomina "último hombre". Sus conceptos están tomados de Hegel. Para ambos, el hombre avanza debido a la necesidad que siente de ser reconocido por los demás. Eso da origen a las luchas que la historia refleja. Pero el advenimiento de la libertad política y económica, y la caída de los totalitarismos y socialismos extremos, ha traído una suerte de reconocimiento básico. Hay un equilibrio social que se impone como verdad a todos. No es posible el regreso a las utopías. Sus formas de vida social, con sus progresos, compiten de manera aplastante con las del pasado. En ese sentido hay un final de la historia; según Fukuyama se trata de la democracia liberal. Se le ha reprochado por eso declarar que el orden económico de libre competencia y todo lo que constituye el capitalismo ultramoderno es su propio ideal político. Creo que hay error en esto. Fukuyama pide también que la libertad deje paso a una organización asociativa o comunitaria que constituye un elemento esencial para obtener esa sociedad de la cual pudiera decirse que representa el final de la historia.

La conclusión de estas líneas podría ser la de que los cuatros pensamientos, sumariamente resumidos, a pesar de sus diversidades de orígenes y propósitos, de tiempos y de circunstancias, de doctrinas y actuaciones, están marcados por dos objetivos: la libertad y la comunidad humana. La figura hegeliana de la “astucia de la historia” pueda acaso servirnos en este caso. Por distintos caminos, y quizás sin saberlo, se reúnen para decir que la humanidad ha de marchar siempre para realizar el amor entre los hombres.

*Ponencia presentada por Jaime Castillo Velasco, primer presidente del Instituto Jacques Maritain de Chile, en las Jornadas de Reflexión “Cuatro Dimensiones del Humanismos en la Víspera del siglo XXI”, realizadas en Santiago los días 3 y 4 de noviembre de 1993.